

Guatemala a veinte años del fin de la guerra: ¿qué hicimos con la paz?

Por *Manolo E. VELA CASTAÑEDA**

ES UN PLACER ESTAR ENTRE AMIGOS esta mañana. Especialmente compartir la mesa con el profesor Rubén Ruiz, director del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México. Un agradecimiento al profesor Mario Vázquez por organizar la presente mesa con motivo de los veinte años de la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala.

Además de lo anterior resulta muy especial conmemorar fecha tan significativa en esta casa de estudios. La UNAM ha sido una institución que siempre ha abierto sus puertas a grandes intelectuales guatemaltecos. Recordamos ahora a Luis Cardoza y Aragón, a Alaide Foppa, a Alfredo Guerra Borges, a Carlos López (Premio Nacional de Literatura), a Mario Monteforte Toledo, al querido Carlos Navarrete y a Edelberto Torres-Rivas; todos ellos hicieron carrera académica en la UNAM, además de los muchos estudiantes guatemaltecos que han venido aquí a completar su formación intelectual.

Y es un honor muy singular para mí compartir con nuestra Premio Nobel, la doctora Rigoberta Menchú, la celebración de los veinte años de la firma de la paz. Quién iba pensar que yo estaría aquí con la autora de *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, libro que hasta antes de la paz estaba prohibido en Guatemala. Todavía recuerdo que en un local de libros usados de la Ciudad de Guatemala logré hacerme con un ejemplar de la primera edición, realizada por Casa de las Américas. Rigoberta es una de esas personalidades gigantescas que Guatemala ha aportado a la humanidad. La dignidad y la esperanza de Guatemala siguen encontrando inspiración en su vida.

* Profesor e investigador en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana, México; e-mail: <manolo.vela@ibero.mx>.

Texto de su participación en el acto conmemorativo de los veinte años de la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala, organizado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 15 de febrero de 2017.

HAY lugares y momentos donde el destino de un país se define. En la tarde-noche del 29 de diciembre de 1996 se realizó un acto que pondría fin a treinta y seis años de guerra. Dicho acto se realizó dentro del Palacio Nacional. Bajo un estricto protocolo, ese día se firmaría el Acuerdo de Paz que sellaba la adhesión a otros acuerdos que, a lo largo de varios años, firmaron el gobierno y la dirigencia de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

El acto que tenía lugar dentro del Palacio Nacional podría ser visto desde la plaza central, donde yo estaba, a través de unas pantallas de televisión. La idea de estar en la plaza era ver de primera mano lo que ocurría adentro, aplaudir, gritar consignas y así formar parte de ese gran momento.

Nuestra presencia en la plaza esa noche, atestiguando el acto, nos recordaba que éramos parte de una larga línea de generaciones a las cuales también pertenecían muy especialmente los que no habían llegado a ese día porque habían muerto, los habían matado o se quedaron a vivir en otros países como exiliados o refugiados. Todavía guardo el recuerdo de familiares de detenidos desaparecidos que —después me contaron— también fueron a la plaza ese día con la esperanza de encontrar a sus padres, hermanos, esposos o hijos, de quienes ya nunca supieron nada más. Ellos, los que no llegaron aquella tarde-noche, le plantaron cara a las injusticias y habían hecho lo que en su momento consideraron su deber. Estar allí también era una forma de honrar el coraje y la valentía de los ausentes que de alguna manera eran protagonistas indudables de ese acontecimiento decisivo de 1996.

Y en ese ellos —los que estábamos y los que no— hay caras de hombres y de mujeres de diferentes pueblos, indígenas y mestizos, religiosos y no creyentes, gays y lesbianas, campesinos y sindicalistas, estudiantes, gente que alcanzó ir a la Universidad y gente que nunca aprendió a leer y escribir. Ese *ellos* es profundamente guatemalteco.

Con el recuerdo de esa tarde-noche de diciembre de 1996, cuando se firmó la paz, quiero empezar este artículo.

1997

SE pensaba que el año 1997 iniciaría un nuevo momento en nuestra historia. La paz, se presuponía, iba a abrir oportunidades para hacer un mejor país. Que lo que no se logró por la fuerza de las armas iba a hacerse por la fuerza de los votos, de la participación política.

Sin embargo, el tiempo se encargó de demostrarnos que el camino no sería fácil. Y que más bien lo que se venía era otra etapa, diferente pero igualmente compleja o incluso más. Que las continuidades desempeñarían un papel muy importante, como pesadas cargas, como poderosas anclas. En aquel momento la euforia y el desborde de esperanzas no dejó ver lo que se venía, esas tendencias profundas que ya estaban en desarrollo y que al final nos llevarían a resultados no deseados.

¿Qué fue de la paz?

DEL país de 1996 al de 2016 muchas cosas cambiaron. De eso hablaré a continuación. Pero antes quizá haga falta explicar dos aspectos.

El primero es que los Acuerdos de Paz de Guatemala no comprendían únicamente lo que regularmente se considera en ese tipo de acuerdos con los que se pone fin a una guerra: el cese al fuego y la desmovilización de los combatientes. En Guatemala se trazó una agenda muy ambiciosa que integraba muchos temas: metas en materia de recaudación fiscal, de gasto social, la reforma de la policía y del sistema de justicia, así como otros compromisos que tenían que ver con los pueblos indígenas, con una reforma constitucional, entre muchos otros puntos que constituyen lo que llamamos los Acuerdos de Paz.

El segundo aspecto es que la democracia electoral antecedió a la firma de la paz. Si bien en sus inicios fue un proyecto de los militares que les permitiría —así pensaban ellos— hacer la guerra en mejores condiciones sin perder la autonomía en lo político, con el tiempo las reglas fijadas en ese origen —1982-1983— fueron cambiando y así se llegó a 1996, cuando se firmó la paz.

Y ¿qué hicimos con la paz? Para responder esta pregunta a continuación analizaremos a la izquierda armada, su transformación en partido y los sectores conservadores, es decir, los diferentes actores políticos, para luego hacer un balance de los resultados de la paz.

¿Qué fue de los actores?

Lo primero que debemos reconocer cuando analizamos el periodo que va de 1996 a 2016 es que la agenda de la paz se quedó sin actores que impulsaran sus contenidos.

Una vez que la izquierda guerrillera se transformó en partido se convirtió en una fuerza política testimonial, que en las votaciones generales alcanzó 3% (4 diputados de un total de 168). En las elecciones de 1999 alcanzó 12% y después todo fue en disminución. Y ésta ya no es una condición coyuntural sino un estado. La pregunta que se hacía en aquel entonces era: ¿qué fuerza política podría haber exigido el cumplimiento de los Acuerdos de Paz?

Las cuatro agrupaciones guerrilleras que componían la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) empezaron en 1997 un proceso para inscribir un partido político. La guerrilla aceptó inscribir su partido acatando las reglas fijadas en la ley electoral y de partidos políticos. El Acuerdo sobre Reformas Constitucionales y Régimen Electoral, firmado en diciembre de 1996, terminaría enredado en el Congreso.

Mientras aquel tiempo decisivo transcurría, la ex guerrilla no tendría una participación en el Congreso. El supuesto era que el partido en el gobierno lograría los votos necesarios para echar adelante la agenda legislativa vinculada con los Acuerdos de Paz.

El proceso de institucionalización —transformación de las guerrillas en partido— implicaba hacer dos cosas al mismo tiempo: sustituir las lógicas de organización de las guerrillas por las formas organizativas de un partido político y unificar cuatro organizaciones cuyas estructuras superiores, intermedias y de base habían estado separadas.

Las explicaciones acerca del fracaso de este proceso son muchas. Se afirma que tres décadas de no hacer política en el plano abierto y legal fueron construyendo en esas organizaciones un sentido de suficiencia y un estilo de trabajo clandestino que les impidió actuar en la escena pública y, por lo tanto, lograr la transformación. Y cuando este estilo de trabajo hizo crisis volvieron a agudizarse las rivalidades entre los liderazgos de las cuatro organizaciones, lo que llevó al rompimiento y, a su vez, a la alineación de las generaciones jóvenes que, en lugar de ser el relevo, cerraron filas con los viejos liderazgos. De tal manera aquella trayectoria ha culminado en lo que actualmente tenemos: partidos cada vez más pequeños e inhabitables.

Veamos ahora qué pasó del lado contrario. En la derecha la política entró en un proceso de degradación. A lo largo de esos años pasamos de una derecha neoliberal a una derecha dirigida por caciques mafiosos y comprometida con redes clientelares. Esto ocurrió porque durante la transición a la democracia la corrupción

se descentralizó. Ya no era uno solo el centro político que controlaba los flujos de capital entre el Estado y los actores privados y que estaba en condiciones de hacer contratos, como cuando los militares y el régimen autoritario. Los actores se habían multiplicado y el sistema se fragmentó en ministros, diputados distritales, gobernadores, alcaldes y sus corporaciones. Se construyeron redes clientelares que se implantaron territorialmente donde había constructoras, organizaciones no gubernamentales, empresas de papel y gente que recibe favores, plazas o contratos; y los de más abajo, cuando bien les iba, bolsas con víveres o fertilizantes. La norma que permite la reelección ilimitada de alcaldes y diputados otorgó a éstos un poder autónomo en relación con los partidos políticos.

El neoliberalismo y el desmantelamiento del Estado a principios de los años noventa abonaron el terreno para esta nueva corrupción. Se multiplicaron las relaciones entre el Estado y los contratistas y proveedores privados, y al mismo tiempo se incrementaron las plazas con contratos precarios en el sector público, utilizadas para el pago de favores políticos.

A principios de la primera década de este siglo se inició en el Congreso un estilo de negociación del presupuesto en el que los diputados empezaron a recibir recursos para “sus” proyectos. Con este modelo de asignación de obras las puertas a la corrupción se abrieron de par en par. Empezó entonces la contratación de organizaciones no gubernamentales, empresas y constructoras vinculadas a quienes habían aprobado los fondos. A través de la práctica “te doy proyectos para tus diputados a cambio de que me apruebes esta ley” fue como en adelante se cocinaron los acuerdos en el Congreso.

Paralelamente a estas dinámicas vino a sumarse otra: la importancia del territorio guatemalteco como lugar de paso de la droga de América del Sur hacia el gran mercado de Estados Unidos. Y a esa tendencia se unió otra más: el encarecimiento de la política. Esto ocurrió por las formas que adoptaron las campañas políticas, las reglas que regían la competencia electoral y la debilidad del Tribunal Supremo Electoral.

Si viviera en estos tiempos Miguel Ángel Asturias, nuestro otro Premio Nobel, escribiría una nueva versión de *El señor presidente*, en la cual el personaje principal estaría encarnado en un político indecente, aliado a grupos empresariales con los que entreteje un pacto de no agresión: tú no atentas contra mis intereses con impuestos, subida de salarios, aranceles o reformas institucionales y yo te

dejo gobernar. Ambas partes se sientan a la mesa, se relacionan con grupos criminales y se hacen acompañar de militares retirados, y todos juntos se lanzan a la cooptación de instituciones del Estado: la Corte Suprema de Justicia, el Ministerio Público y todo lo que sea posible comprar. El objetivo, al final, consiste en anular el sistema de pesos y contrapesos y hacerse con un poder ilimitado.

En cuestiones del tiempo político, además, fue desesperanzador presenciar cómo las fuerzas políticas que ganaron las elecciones generales de 1999 tomaron el control del Estado, lo cual sabotó las posibilidades de hacer avanzar la agenda de la paz. ¿Qué posibilidades de hacerlo hubo después de la victoria del Frente Republicano Guatemalteco, el partido del general Efraín Ríos Montt, presidente del Congreso durante esos cuatro años? Ríos Montt fue jefe de Estado entre 1982 y 1983, periodo en el que se continuó desarrollando una campaña contrainsurgente, dentro de la cual se cometieron actos de genocidio contra varios pueblos indígenas. Por ello fue juzgado, hallado culpable y sentenciado en 2013; sin embargo los tribunales anularon la sentencia.

¿Cuál es el balance?

HASTA antes de la paz, los fraudes electorales en Guatemala eran constantes, la represión para eliminar a los opositores políticos era habitual y el Ejército regía la vida política. Pero esas tendencias no venían de diez años atrás, sino de varias décadas, un tiempo largo. Y, como sabemos, cuesta mucho romper con tales prácticas. Ahora todo eso forma parte del pasado.

Desde esta perspectiva, los acuerdos fueron un éxito. La guerra se acabó, el Ejército es ahora una institución alejada de la política (aunque algunos de sus mandos no han logrado salvarse de los tentáculos de la corrupción) y las antiguas guerrillas han participado libremente en la política.

Quizá el mayor éxito de la paz firmada aquella noche de diciembre de 1996 no hayan sido los acuerdos, en los que todos poníamos tanta atención, sino, simplemente, que en adelante la derecha conservadora, que durante décadas se había distinguido a nivel continental por ser implacable en la persecución de los que pensaban diferente, se quedaría sin justificaciones para matar a los opositores políticos. Si en el tiempo largo miramos cómo fue la lucha política en Guatemala entenderemos que sólo con alcanzar este punto la paz fue un gran logro.

Lo que en 1996 no fuimos capaces de prever fue que otras dinámicas iban a mezclarse para construir el escenario que ahora tenemos. La paz se estrelló con graves problemas de desarrollo que no lograron resolverse y la institucionalidad del país fue carcomida por la corrupción de la clase política, que ya hemos analizado.

A pesar de la paz, actualmente somos un país más violento que en 1996, con índices de desarrollo humano que siguen avergonzándonos ante el mundo, un sistema político corrupto, con una de las densidades estatales más bajas en América Latina.

Con un coeficiente de Gini de 0.53, Guatemala es, después de Bolivia, el país más desigual de América Latina. 10% de la población con mayores ingresos se queda con 42% de la riqueza del país; mientras que el 10% más pobre tiene que ver cómo sobrevive con 1.3%.

En el aspecto social la paz no repartió nada. Los ricos se niegan a pagar más impuestos y frenan las reformas tributarias que los gobiernos se animan a preparar. Las reformas que logran salir del Congreso son torpedeadas en las cortes y todo llega hasta allí. La agenda social de la paz debía desplegarse a la par de un programa neoliberal que apuntaba a adelgazar un Estado ya de por sí desnutrido. En los años en que se firmaron los Acuerdos de Paz, los organismos financieros internacionales dictaban los paquetes de privatizaciones. A los medios de propaganda, esos programas de opinión, llegaban intelectuales que despotricaban contra el Estado como causante de todos los males.

Somos parte de las economías que viven de expulsar a sus ciudadanos, lo que ha amortiguado el mercado laboral interno a la vez que, por la vía de las remesas, inyecta millones a la economía. Cabe mencionar que 2 millones de guatemaltecos viven en Estados Unidos.

Otro problema asociado con la migración que Guatemala tiene que enfrentar es el de la violencia: los jóvenes que en los años setenta huyeron de la guerra se dirigieron a Estados Unidos donde encontraron trabajo. En los noventa, sus descendientes, transformados en pandilleros, fueron deportados a Guatemala, configurando así una de las violencias extremas y extendidas en todo el mundo: las maras.

El esclarecimiento del pasado ha avanzado a pesar de la ausencia de una política de Estado en la materia. Reaccionando a sentencias o resoluciones de las cortes, los logros que ha tenido la comunidad de derechos humanos han sido grandes.

A este escenario se añade un dato demográfico que debe hacernos valorar la historia: seguimos siendo el país con las tasas de fertilidad más altas de América Latina (2.83), de allí que la mitad de los 15 millones de personas que conforman la población total de Guatemala tenga menos de 19 años. Somos también el país más joven de América Latina: la edad media es de 21 años. Lo cual significa que la mitad de la población guatemalteca no vivió el conflicto armado interno. No pasó por esa experiencia de vida.

¿Qué representa la firma de la paz para los jóvenes de la Guatemala de hoy? De aquel acontecimiento de 1996 se pueden sacar fuerzas, así es como los Acuerdos de Paz trascienden el pasado. El recuerdo de dos décadas de la paz no es algo estático, enterrado hace veinte años. Es más bien un recuerdo que hoy nos interpela y nos lleva a seguir plantándole cara a los poderosos, a hacer lo que debemos donde nos toque estar.

A los poderosos en Guatemala los veinte años transcurridos siguen pareciéndoles un recuerdo molesto, incluso agradecen que la fecha sea en torno a la Navidad y el fin de año porque el 26 de diciembre les recuerda una agenda de cambios que siguen pendientes. Una agenda de cambios que los aterra con sólo saber de qué se trata. Para ellos la paz fue una concesión. Buena, quizá, pero sólo porque permite seguir haciendo negocios. Su racismo, intolerancia y ausencia de sentido de humanidad hacia las graves fracturas sociales siguen allí.

Finalmente, cuando desfallezcamos o cuando nos sintamos desesperados por los reveses, cuando las fuerzas del oscurantismo nos ganen una batalla, pensemos en aquellos que murieron con la esperanza de un mejor país, en aquellos cuyas vidas fueron arrancadas por el terrorismo de Estado. La fuerza de su ejemplo es inagotable y siempre es fuente de inspiración para seguir haciendo lo que hoy tenemos que hacer donde quiera que estemos: seguir diciendo o haciendo lo que nos corresponde. Pensamos en ellos, en los que por su profundo amor a Guatemala no llegaron a la firma de la paz. Un amor que va más allá del patriotismo barato de las pulseras y canciones. Ese patriotismo barato que rehúye enfrentar las verdades incómodas. Ése es el espíritu de la paz que sigue animando a muchos guatemaltecos.

Aquella noche del 29 de enero de 1996 se dieron los primeros pasos de un largo camino que no acabará nunca.